

PREGÓN DE FIESTAS
1993

Manuel Muñoz Barberán

Nacido en Lorca. Vivió en Yecla en la etapa de su vida en que pintó los techos de la Basílica de la Purísima. También ha realizado las pinturas del techo del teatro Concha Segura.

La Asociación de Mayordomos de la Virgen, me ha honrado con el encargo de hacer su Pregón de Fiestas que voy a pronunciar en esta noche solemne. Encargo precioso del que, naturalmente, nadie se considera digno y yo menos que cualquier otro. Lo he aceptado por obediencia a la amistad, por un fondo irrenunciable de amor a Yecla, de reconocimiento amplio hacia ella y sus gentes; por los años que he vivido aquí, habitando vuestras casas, paseando vuestras calles, frecuentando vuestros edificios públicos... y por el poso dulce que dejó para siempre vuestra tierra dentro de mí.

Resultaría insuficiente, pobre, cualquier medio de expresión que yo lograra encontrar para manifestar mi profundo agradecimiento. Renuncio, pues, a ese intento y digo solamente: Gracias a todos, mil veces gracias. En la designación no se ha equivocado vuestra generosidad -es difícil que la generosidad se equivoque-, sí puedo haberme engañado yo a mí mismo confiando excesivamente en mi capacidad. De todas maneras, sé que vosotros ampliaréis esa generosidad, vuestra comprensión también, hasta su casi imposible límite.

Decía nuestro gran amigo -digo nuestro, no sólo mío-, Don Miguel Ortuño Palao, en el pregón con el que dio principio a esta serie de

intervenciones que ya no nos parece corta y que espero y deseo que llegue a secular:

“Que este año de 1981 sea el arranque de una tradición, de una noche lírica que se engarce en nuestras fiestas, a fin de que cada año, una voz yeclana diga en público lo que sienta...”

Y es hoy, en este año 1993, doce después, cuando esa voz yeclana es la de un hombre nacido en el extremo geográfico opuesto, en nuestra región, a Yecla: Lorca, lindero con Andalucía. Al decir Ortuño Palao “voz yeclana” tanto se refirió a la naturaleza como al amor. No quiso expresar resolutamente voz de yeclano sino también de amante de Yecla. Efectivamente, desde aquel año inicial, otras voces se han unido a las puramente yeclanas para hacer esta convocatoria. Con cierto pudor, os lo confieso, quiero volver a recordar que en los días de la coronación canónica de vuestra Virgen del Castillo, casi al tiempo que la corona por vosotros ofrendada ceñía las sienes de la Purísima, un hijo de mi mujer, Fuensanta, y mío, nació yeclano. Jamás puede romperse una alianza de tal género aceptada por ambos conscientemente. Fácilmente nuestro hijo pudo nacer en otro lugar. Es ésta una de las muchas y honrosas marcas de yeclanía que pueden ofrecerse. Idénticas leyes de amor son nacer hijo de Yecla y ser padre de hijo yeclano. Nuestro tercer hijo, José, nació también hijo de Yecla, fue aquí registrado y bautizado por voluntad de sus padres.

Me habéis hecho vuestro pregonero y como tal he de cumplir. El origen de vuestras fiestas mayores de este mes de Diciembre, está en la promesa, tácita quizá, de unos arcabuceros del siglo XVII que, capitaneados por Martín Soriano Zaplana -el Capitán Zaplana se dice-, regresaban sin daño de la guerra de Cataluña. Era el año 1642. ellos subieron, acompañados del pueblo, hasta el altar de María en su imagen de la Encarnación, en una modesta capilla dentro de los muros del antiguo castillo. Le dieron gracias por la vuelta venturosa y, como expresión de su alegría y la alegría de todas las subidas y bajadas la hicieron quemando la pólvora que no habían usado en las acciones guerreras. No descansaron sus arcabuces mientras quedó algo de esa pólvora en las bolsas. Esto, claro está que era el arranque de una costumbre, una tradición que fue aceptada y repetida año tras año.

Pero sabemos igualmente que no era el arranque de una devoción. La devoción, el amor a la Madre de Dios, estaba ya en todos y, naturalmente, fue lo que movió a aquellos soldados a subir hasta el pequeño templo de María de la que, antes de su partida, habían ido a implorar la mirada atenta de Madre.

Sin estos hombres de Zaplana, no podemos saber de qué modo se habrían generado las fiestas ni cómo serían hoy. Lo indudable es que serían. Haríais fiestas grandes a la Purísima, a la Inmaculada Concepción de María, pero serían otras, acaso sin las acentuadas características que hoy poseen. Tenéis siempre el recuerdo agradecido para el Capitán Zaplana y sus hombres que, ya hace más de tres siglos y medio, atronaron las verdes, amables y nada abruptas estribaciones del Castillo con el repetido disparo de sus mosquetones y arcabuces.

Como entre veladuras, rasguños y sombras de un mural antiguo, como en los ecos de un viejo romance recordado por un abuelo junto al fuego, ó como sombras sugeridas por las páginas de un carcomido y polvoriento libro, se alzan las figuras de esos lejanos soldados que volvían de su guerra sin lucha y acaso sin sangre. Eran descendientes de los que habían guerreado -acaso caídos heridos o muertos-, en la conquista de Granada. Nietos de soldados luchadores en todas las guerras a las que fueron llamado por reyes que convocaban en nombre de la Patria. Ellos, a su vez y como sus padres, en nombre de su tierra y ciudad, represores del frecuente bandidaje de gentes sin ley que asolaban casas y cabañas de campo, dehesas y aun las propias moradas de la villa en la que irrumpían quebrando el descanso tranquilo de las gentes de bien, luego del trabajo en común.

Ahora, como tantas veces, habían salido de su tierra a otras más lejanas, a luchar. Como pocas veces, volvían sólo con acaso leves escaramuzas pero sanos todos, sin lesión ni descalabro ni muerte. Volvían alegres y alegremente se les recibía. Las plumas de sus cascos y de sus chambergos se doblaban al viento de la tarde. El sol, ya de huída, reverberaba puntos fugaces de oro en sus coseletes de fierro bruñido. Banderas -la militar de San Andrés, la enseña de la villa, la de la propia compañía-, ondulaban con la

majestad que el aire tranquilo impone al desplegar las blandas telas. Las armas, el seco son de las botas castigando al camino, la polvareda, el fumo de los disparos y todos jugando al asalto a una fortaleza decrepita donde ya solamente residían el amor y la devoción de un pueblo.

Yecla piensa durante el año entero que un día llegarán estas fiestas. Las prepara pacientemente y para ellas dispone lo mejor de sus aforros. Los vestidos, los trajes especiales, privativos de esos días de solemnes actos. Nuevos arcabuces para nuevos tiradores. Nuevos graciosos aderezos para nuevas gentiles parejas de niños que han sido nombrados pajes de la Virgen. Esos pajes, niña y niño héroes de cada año, centro de todas las atracciones en cada fiesta, recuerdo inolvidable para toda una vida y memoria colectiva para todas las familias yeclanas siempre pendientes, siempre enamoradas del protagonismo, durante unos días, otorgado a unas parejitas, que representan y centran la ilusión de todos los niños yeclanos. Cuando fueron pajes los Azorín, cuando fueron los Palao, cuando los Muñoz, los Quintanilla, los Ortuño... Y así, todos los apellidos yeclanos en el álbum imaginario de las buenas gentes. Cabellos rubios ensortijados, ojos azules de inverosímil transparencia, o lacios cabellos negros que enmarcan rostros morenos, vivaces, rientes. Todas las formas y los tonos de color que hacen de cada rostro infantil una diferente sugerencia de belleza ingenua.

La imaginación de las madres, disparada quizá hacia el sueño de cuento de hadas que siempre tuvieron en su propia infancia. Vestidos de amplias faldas rizadas, gorros de piel, adornos de pequeñas guirnaldas, plumas, pomos de flores, zapatitos de raso, polainas de cuero... Cuando el vestido de las niñas es azul, o es blanco o es rosa, dentro del ritual caprichoso de los diferentes actos a los que asisten los pajes. Y el niño, engalanado marcialmente como capitán de milicia austriaca, o rusa, o española, de los dragones de don Carlos III. Quién sabrá. Capitanes en el ejército de los ángeles humanos. Las parejas, ufanas, erguidas, orgullosas, contentísimas de su alto cometido. Siempre el niño con un cierto talante de alto responsable. Después de la Virgen, sin dudarlo, lo mejor de las fiestas, los niños. Siempre los niños.

Y luego, las banderas de azul, blanco y oro, enfiestas, tremoladas, jugadas briosamente, el mayordomo de rodillas; el estallido de los arcabuces mezclados a los alegres sonos de las músicas de todos los pasacalles conocidos. Y las alabardas que vosotros, con acento de buen fumos, llamáis las punchas... Los tiradores no visten a la antigua o visten a la antigua usanza... relativamente. Habéis cambiado la vestimenta de aquellos soldados viejos que honraron a Yecla, sí: renunciando a una especie de representación pseudo-histórica, habéis imaginado y trazado un uniforme fijo del chaqué propio de todos los actos serios, y lo habéis ornado de cruces, de lazos y medallas, de bandas con muy diversos significados que todos conocéis y nadie se empeña en desentrañar. Y lo habéis rematado en un bicornio fijo del antiguo sombrero de alas recogidas, de cuyas dos puntas delanteras y traseras, penden simpáticas borlas que acaso tengan su origen remoto en aquellos borlones de hilas que portaban los antiguos soldados y que servían -quién lo diría ahora-, para restañar la sangre de las posibles heridas. Borlones que habían reunido cuidadosamente las madres, las esposas, las enamoradas, para colgarlos hasta los hombros desde las gorras, casquetes o chambergos de los que partían a la ventura de Dios. En aquellas borlas iba el recuerdo de la mujer que aquí quedaba. Siempre la mujer detrás de cada esfuerzo, de cada cosa que se ofrece.

Si la Virgen, ahora, y desde lejanos tiempos, es el centro de la vida yeclana y muy especialmente durante estos días festivos, la Virgen tiene a su alrededor a esas mismas mujeres, a las mujeres yeclanas. Recordemos los nombres de asociaciones antiguas: Corte de María, Hijas de María... Diríamos, amigas, familiares de María. Como se quiera. El género masculino no puede rendir homenaje a la Virgen sin la mediación de la mujer. La que borda vestidos y mantos, que enjaya garganta y manos de la santa imagen, que cuida su corona, los lirios de plata, la media luna, el círculo de estrellas, las flores escogidas cuidadosamente, amorosamente colocadas, que ofrenda la joya familiar más querida y preciada para ponerla sobre el pecho de la santa figuración. Además, quizá la que mejor sabe hablar con Ella puesto que tantas cosas pequeñas e importantes le unen a ella.

En un pregón de la fiesta de la Virgen, quizá no quepan piropos

de juegos florales. Necesariamente, sí que en el fondo de todo este pregón ha de estar manifiesto ese homenaje a la mujer yeclana.

Pues... Desechando todo recuerdo de antiguas guerras, los arcabuces, las alabardas y aquellas borlas que ahora llaman la atención de todos, son recuerdo apagado, casi irreconocible, de aquello que en la fiesta se pretende recordar. Y así es porque ahora, por fin y a Dios gracias, nada es guerra y todo es fiesta.

Sí: Arde en fiestas Yecla como si un espectacular y hermoso incendio la devorase. Las calles todas rebosantes de luces que ponen en el cielo aurora rosada. El humo, incienso y pólvora, blanco, azul, violeta, sube y se expande lento, majestuoso, suave, movedizo como nube que se deshace y que envuelve y difumina los perfiles de la ciudad que se entrevé vigorosa, perdida su nitidez de tierra alta y en esas horas exaltadas, irreal, casi fantasmal. Magnífica escenografía casualmente compuesta; todo el pueblo de los buenos yeclanos se siente dentro de una representación sacra que se repite constante en todos los rituales actos que el tiempo y el amor han establecido año tras año, siglo tras siglo, pausada pero firmemente.

Esto es una ciudad que se esforzó siempre por engrandecerse, luchando por el trabajo de todos y para todos y donde es imposible encontrarse de cara con la miseria y la pobreza total de nadie. Ciudad de trigos, de viñas, de pinadas, de olivares... Ciudad de cercados fuertes de ubérrimos frutales, cuenta entre sus más preciados bienes los básicos alimentos que la Historia nos señala como propios de grandes pueblos recios y sabios, de tierras descritas en las Sagradas Escrituras y en los libros más importantes de la Antigüedad: el pan, el vino, el aceite.

Ciudad esta que ha contado de manera notabilísima en obras literarias de la que es personaje principal ella misma. Como ella misma es madre de escritores importantes y alguno con pisada firme en el panorama de las letras españolas. Que siempre ha tenido artistas de la gubia y del pincel, recordemos que metidos en el quehacer de la Corte de nuestros reyes. Y poetas, y hombres de leyes, y grandes oradores y magníficos hombres de la

Iglesia. Ciudad que puede sentirse orgullosa de sus hijos.

Desde hace años, una gran mayoría de las gentes de Yecla, ha volcado su esfuerzo hacia el noble oficio de la madera. María, la Madre de Cristo, podría reconocer como tierra suya esta de Yecla.

Conocemos Todos ese amor generalizado de nuestros cristianos burgos hacia una determinada imagen de María por medio de lo cual buscan el perfil y la mirada de la madre de Cristo y Madre nuestra. Personalmente, quien hoy os habla sabe del amor de Lorca por su Virgen de las Huertas, asentado su alcázar en las afueras de la ciudad, donde se suponen estuvieron las huestes guerreras del Príncipe Alfonso, pasado a la Historia con el dictado de Rey Sabio. Conoce el entusiasmo ceheginero por su Virgen de las Maravillas, maravilla escultórica venida desde Nápoles. El amor serviente de los murcianos por su Virgen de la Fuensanta, que mira en ellos desde el monte, nacimiento de Aguas Santas de que toma la imagen su nombre. Sabe, diré que especialmente, del amor de vosotros los yeclanos por la Madre, en todas sus figuraciones y nombres, antiguos y modernos; pero marcadamente, señaladamente, en la dulce designación de María en su Purísima Concepción, Madre que desde el viejo y amable ámbito del Castillo mira a vuestro pueblo, vuestros campos, vuestros esfuerzos y trabajos, vuestras preocupaciones y pesares, vuestras risas, vuestros esparcimientos, vuestras postraciones... vuestra vida entera. No estáis sin Madre. Diré más: no sois pueblo desmadrado, no podéis serlo. Tenéis, además, entrañas de hijos buenos.

Sabéis que vuestra madre natural, la que os puso en el mundo y os enseñó a ponerlos en pie sobre él, la que os guió por todas las calles de vuestra ciudad, las llanas y las empinadas, la que os adentró en señoriales y humildes portales, la que os mostró el camino de la escuela, de la iglesia, de la tienda; la que os llevó a la doctrina y al cine, a la excursión y, tantas tardes y mañanas festivas, al jardín. La que os hizo aprender, poco a poco, nombres de calles antiguas y modernas, anchas y estrechas: San Francisco, Corredera, Cruz de Piedra, Santa Bárbara, Hospital, Morera, Salsipuedes, Rosa, Jabonerías, Fábricas...

Sabéis que a esa madre, podréis pedirle todo: dinero, si lo necesitáis, amparo, consejo, protección; mesa, cama, leña para el hogar... Aquella comida que ella hace mejor que nadie; un objeto que os gustó siempre... Todo lo que es posible y esté al alcance de ella. Pero hay angustias, dolores terribles, que no podréis enteramente, corazón en la mano que decimos, comunicar a esa madre, ni al hermano, ni al amigo bueno, sin arrastrarlos dentro de la vorágine vuestra de sufrimientos. Ni podréis pedirles ayuda cuando esos deseos o esperanzas están fuera de lo humano y pertenecen enteramente al espíritu. Por estar esas inquietudes fuera de lo humano, no encontraréis en humanos ayuda posible. Está esa otra Madre que acaso puede parecerse lejana, en lugar altísimo, soberanamente distanciada, pero que está ahí, con nosotros, a nuestro lado, aguardando la tremenda confianza como quién estuvo en pie junto a una cruz, mirando fijamente la agonía del mayor Hijo que parió mujer.

Desde tiempos lejanos habéis tenido un rincón en la penumbra al que habéis accedido para inclinar la cabeza y contar, contar... Hablar con Ella. Habéis buscado sus ojos y habéis reconocido mirar de madre, mirar comprensivo, mirar sereno que comunica fortaleza y resurrección del ánimo. Y habéis sentido que de los labios quietos de la amada figuración brotaban las palabras juntas del consuelo, de la confianza, de la esperanza firme. Tristes de los que están sin madre. Tristes de los desmadrados. Tristes de los que no buscan, hacia el mayor de los nacidos, el corazón mediador de la mejor Madre.

En la singular devoción a la Purísima Concepción de María, se equipara Yecla a las ciudades más cultas de Europa. Bastará recordar a la alemana Munich, capital de la piadosa Baviera, en cuya plaza principal, llamada Marienplatz o Plaza de María, se alza una columna corintia de precioso mármol oscuro, jaspeado, y sobre su alto capitel de bronce pone sus pies la esbelta figura de María Inmaculada, coronada de estrellas de plata. Muy cerca, en el magnífico edificio del Ayuntamiento, pródigo en filigranas góticas, en su alzada torre central y sobre el gran reloj, se abre espléndido hueco que da cobijo honroso a otra imagen de María que ahora tiene en su regazo al Divino Infante. A las doce del medio día, unas puertas se abren al

son de músicas y los Reyes Magos de Oriente aparecen, lujosamente vestidos, portadores de dones y pasan ante las sacras figuras ofreciendo sus regalos y su adoración. Es la hora del regocijo de los niños muniqueeses... y también la de los padres y la de todos.

En Innsbruck, del Tirol, el homenaje monumental se repite con un elevado monumento de las mismas características y advocación, al que dan fondo las nevadas escarpaduras de los Alpes. Y en Viena, la regocijada y bellísima ciudad con cuyo nombre parece decirse Austria entera, se vuelca la expresión de su mejor barroco en este mismo afán mariano. En Praga. En Roma, en cuya Plaza de España, al pie de la que parece inacabable escalinata que lleva a la Santa Trinidad y a los ricos jardines del Monte Pincio, está también la gran Columna de la Inmaculada, reina de las flores se podría decir porque ante sus ojos y en la gran escalinata, ponen los romanos inmensas colecciones de sus más preciadas y conseguidas macetas.

Vuestra Purísima del Castillo está puesta, a más altura que aquellas, sobre vosotros y vuestro pueblo, sobre vuestras tierras y montes, sobre vuestros caminos y vuestras industrias. Su mejor morada en la ciudad, es la gran Basílica. Y ¿qué monumento mejor puede alzársele a María si se trata de materializar vuestro amor, de darle una suntuosa forma?

No fie querido olvidar, de ninguna manera, ni puede ser olvidada, la villa francesa de Lourdes. Francia, donde tantas iglesias catedrales toman la titulación de Nuestra Señora, tiene ese templo, apartado de las grandes urbes, levantado en la misma tierra y cerca de la pequeña gruta donde María quiso manifestarse a una humilde e inocente niña. Y le habló con palabras sencillas, casi con las mismas con las que la pequeña pudo nombrarla en la iglesita que frecuentaría: -YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN, dijo la Madre de Dios a aquella asustada, asombrada, estremecida Bernadette. Única aparición de la Virgen en la que Ella misma confirmara con palabras rotundas que su concepción fue tan pura como la luz de la más limpia estrella, pura como un agua que tuviera su nacimiento en el Paraíso, bajo la mano diestra del mismo Padre Dios.

Esta Virgen Purísima, tantas veces ensalzada por los mejores

poetas, tantas veces esculpida por los más egregios escultores, tantas veces llevada a tablas y lienzos por los más insignes pintores o a los muros de los primitivos templos cristianos; retratada en estrofas y salmos inolvidables por lejanos profetas y reyes, es la Dama por excelencia, la Señora a quién hacéis fiesta todos los años. En esta fiesta condensáis vuestro amor, vuestra veneración secular.

Al pasar vuestra Virgen por estas calles, llega hasta Ella, a su realidad celestial de sobre el alto cendal azul, un olor que conoció muy bien: el de la madera cortada, cepillada, trabajada. El humilde oficio de José también emanaba olores de diferentes maderas: el pino, el ciprés, acaso el olivo y el cedro. Su oficio era modesto. María sabría del serrín menudo sobre las manos del patriarca, de la viruta recogida del suelo, de las astillas que servirían para el fuego. Sabía de los útiles de carpintería colgados en un hueco de la estancia. El son del martillo y el runruneo de la sierra llegarían hasta Ella mientras, en lugar apartado, cantaba al Niño su nana para dormirlo.

Ese oficio de carpintería ha colocado fuertemente al engrandecimiento de Yecla. Es hoy uno de sus mayores e importantes medios de vida. Lo habéis ennoblecido, si se puede decir así, llevándolo a la construcción del gran mueble, del mueble entendido como obra de arte en el que laboráis. Con la producción del vino del que nada se puede inventar en su elogio si no es recordar que fue la misma María la que se acercó a Jesús para decirle que en la boda a que asistían se había acabado. ¿Qué nos va a ti y a mí?, responde el hijo. Pero sería con una sonrisa puesto que, pronto, se dirige a unas tinajas que sólo contenían agua y con una oración al Padre convierte esa agua en el mejor vino que los reunidos allí habían probado hasta ese momento y acaso en toda su vida.

Con pan, aceite y sal puede sentirse el hombre alimentado. Y con vino. Y con algunas de las carnes que también tenéis en abundancia. Como en banquetes patriarcales, tendéis en estas fiestas vuestras mesas, las cubrís de platos, vasos, jarras y viandas y las ofrecéis en hermandad a vuestros amigos los que están aquí y los que vuelvan. Esos yeclanos de amor o de naturaleza, que están alejados y que no pueden resistir en estos días la llama-

da poderosa de su pasado, o la llamada de la antigua amistad, o, si se quiere, la llamada de la curiosidad hacia unas fiestas que han oído nombrar o elogiar. Y por encima de estar solo y solos disfrutar de vuestra abundancia y de vuestra alegría, deseáis nuevas convivencias, nuevas amistades, y os complace sentar a vuestras mesas a quienes se han acercado a vosotros, a vuestra amistad y generosidad. Les invitáis a ser yeclanos.

Y es que, queridos amigos, vosotros intuís secretamente, casi sin advertirlo, que, en beneficio de vosotros y de los que se os acercan, se os multiplican esos panes y ese vino. Sí que advertiréis el mejor sabor de ese último vaso de las despedidas. Y en vuestros grandes talleres del mueble, en el oficio de otros más humildes donde también está la madera... No habéis visto... Pero no. Mejor será contaros la historia que si bien está en los evangelios apócrifos, tiene tal belleza que merecería ser cierta, o acaso lo sea:

Mientras José trabajaba haciendo una pobre silla, una pequeña mesa, Jesús niño jugaba con trocitos de madera, menudas virutas, pegotitos de cola... Hacía pajaritos, pequeños pajaritos rubios, de color de pino, y los ponía juntos, como un nido. Se divertía. Sentose José a mirar el juego del pequeño y éste, alzándose, cogió algunos de esos pajaritos y los puso en sus manos. Empezó José a murmurar unas palabras de agradecimiento y Jesús, diremos que con cierta picardía de chavalito, sopló sobre las figurillas que, cobrando vida, escaparon hacia la puerta abierta al sol de la mañana. Y digo ahora: sí que habréis visto cerca de vuestros lugares de trabajo, a través de los ventanales, pájaros que pían, pájaros que vuelan. Pueden ser, quizá, de viruta y astillas, de las que habrá a vuestros pies. ¿Por qué no?

Leyendas como la que os he querido contar, las tiene nuestra religión y muy abundantes. Es posible que ni siquiera las gentes más sencillas las crean aunque las admiten como se admite una antigua conseja, porque son bellas, porque son ingeniosas... En definitiva, porque siempre nos suelen caer bien y nos gusta oírlas contar. Los ángeles aparecen mucho en estas imaginaciones de la piedad sencilla, no sólo de nuestros pueblos sino de los pueblos de todo el mundo y de todas las religiones. Una de las atribuciones a estos seres imponentes, primera creación de Dios, es la de artistas. Los hom-

bres, incapaces de crear un rostro celestial, -entre nosotros siempre ese rostro pensado como el de María-, son ayudados, durante un descanso con sueño profundo, por aquellos seres inmersos en los inimaginables círculos del Altísimo.

Su Dolorosa célebre no la terminó Salzillo, no. Él, luego de luchar contra la dificultad, cayó postrado y fue entonces cuando el ángel tomó en sus manos las gubias. Aquel otro pintor medieval, trabajaba en su tabla de la Anunciación. El rostro de María no le acababa de contentar. Pretendía mucho más. Una mañana, al reintegrarse a su trabajo, encontró los colores mezclados en la paleta, los pinceles aún frescos en su tabla, los tonos justos, las líneas precisas, el rostro definitivo, pasmosamente perfilado.

Literariamente, se usa mucho este recurso para expresar la belleza de muchas creaciones. Como mínimo se suele decir que tal creación, que tal artista, tienen ángel. Las personas en general, en su infancia o en su juventud tienen o no ángel. Para la devoción suelen trabajar tanto los más insignes creadores como los más sencillos, y nada perfectos a veces, artistas. Y son las imágenes que no son obras maestras las preferidas por la devoción popular, las elegidas por los que desean rezar, los que ruegan, los que confían... Esas imágenes tienen un algo que nadie llega a entender y es que quizá ese algo es el soplo suave con el que un ángel ayuda. Las imágenes, rodeadas de oraciones, súplicas, de amor, van transformando su rostro y adquiriendo un algo de celestial. No las ha esculpido un ángel, pero un ángel las mira y las toca suavemente cada vez que un desterrado hijo de Eva se postra ante ella y le reza. Ese ángel ha de tomar esas oraciones para trasladarlas al trono de Dios. Las imágenes no son, ya lo sabemos, ídolos creados por el hombre para el hombre. Sí son imaginaciones de los que pueden materializarlas para darnos vaga idea de lo que podrá ser algo que está lejos de nosotros, muy por encima de nuestra pobre altura de comprensión.

Si no sabemos, ni sabremos nunca, cómo los ángeles pintan o esculpen, si sabemos cómo hablan. Los que no sabemos hablar, los que encontramos dificultad y cansancio en intentar hacerlo, podemos acudir a lo contrario de los que la imaginación popular imagina. Podemos tomar del

ángel sus palabras breves y estar seguros de que con esta argucia, nuestro oscuro y torpe discurso, en la parte que se refiere a María, se cerrará con una joya inigualable y universal:

*Dios te salve, María
llena eres de gracia,
el Señor es contigo
bendita eres entre todas las mujeres.*

*Viva la Virgen del Castillo
Viva la ciudad de Yecla*

